

historia, los amores de Herodes, con la Pasión del Redentor, no nos parece un remedio, sino un mal paliativo.

CAPÍTULO VII.

Engaño pernicioso de los que piensan que no castiga Dios tan severamente los pecados de la lujuria.—Castigo de los sentidos.—Impudor de nuestro siglo.—Matrimonio civil.—Castigos de la liviandad.—El Ilmo. Sr. Sollano.—Predicacion sobre el infierno.

Este es un error muy perjudicial y escandaloso: porque es de fe que Dios es tan infinitamente justiciero como misericordioso. Ninguna obra buena se quedará sin premio, y ninguna mala sin castigo. *Nada impune quedará*, canta la Iglesia en la Secuencia de difuntos. En el Apocalipsis hay una regla general de los tormentos de los condenados: *Cuanto se glorificó y estuvo en delicias, tanto dadle de tormentos*. (Apocal. XVIII, 7). Con esta regla verdadera, revelada por Dios, considérese la falsedad de decir, que no castiga Dios tanto los pecados de lascivia como los otros vicios.

San Agustín dice que entre todos los humanos deleites ninguno hay mas vehemente y atractivo como la torpe lujuria (*De Civit. Dei. lib. XIV, cap. 16*); luego, segun esto, y siguiendo las re-

glas del Apocalipsis, como en el infierno se ha de conmensurar el tormento con el deleite, mayor será el tormento de los sensuales que el de los otros pecadores. Dice, además, el Espíritu Santo, que *por lo que cada uno peca, por eso será atormentado* (Sap. XI, 17); luego, siendo los pecados de lujuria, pecados de todo el cuerpo, tambien los tormentos deberán abarcarlo todo entero. Otras muchas pruebas del mismo asunto se hallarán en las divinas Escrituras, para confusion de los que quieren neciamente atenuar la malicia de este vicio. El Sábio dice que *hay tres cosas insaciables: el infierno, la boca de la lujuria y la tierra, y la cuarta que nunca dice basta, y es el fuego* (Prov. XXX, 15 et seq.). Donde se vé que la liviandad se junta con el infierno y se pone en la misma línea.

Conviene, pues, abrir los ojos mientras es tiempo oportuno, y conocer, y confesar, que tanto mayor será el tormento de los torpes y deshonestos en el infierno cuanto mayores fueron sus gustos y deleites en las torpezas. Es innegable que hay grados en la condenacion eterna, pues que el Señor dijo de algunos, en san Lucas, *estos recibirán condenacion mayor* (xx, 47), y tambien hay mayores penas en el infierno para unos que para otros. Teman los sensuales que así como delinquieron con sus cinco sentidos y con todo su cuerpo, así serán abrasados en todo su cuerpo y atormentados en todos sus cin-

co sentidos con las horrorosas y eternas penas del infierno. Allí se abrasarán en aquellos lechos de fuego, de quien dice el Apocalipsis que Dios les tiene preparados para los torpes y fornicarios, que en grande tribulacion se verán, si no hicieren penitencia de sus malas obras. (*Apoc. II, 22*). Las torpes caricias serán en el infierno y con los demonios como el abrazo rabioso de Joab con Amara que, al tiempo de estrecharle y como ir á besarle, le atravesó con la espada las entrañas y le quitó la vida (*II Reyes, XX, 10*). Los ojos torpes serán atormentados con horrendas visiones; los oídos obscenos con ahullidos inmensos, gritos, maldiciones, contumelias, desprecios y oprobios sempiternos; la boca y la lengua que se emplearon en palabras equívocas y cuentos infames, tendrán, como dice un Profeta, las amargas bebidas de hiel de dragones y veneno de los áspides insaciables (*Deut. XXXII, 33*); el olfato padecerá hedor insoportable, y el tacto, que se extiende por todo el cuerpo, será castigado en aquellos estanques de ardiente azufre donde serán arrojados por los demonios, como lo dice san Juan Evangelista (*Apoc. XX, 9*).

Santo Tomás de Villanueva hace la oportuna observacion, de que cuantas veces el apóstol san Pablo habla del vicio detestable de la impureza, luego amenaza con la ira de Dios: ya amonesta á los fieles que se abstengan de la

fornicacion, porque Dios es vengador de este pecado (*Thesal. VIII, 3, 4*); ya les manda mortificar sus miembros para no caer en la inmundicia, porque por esto vino la ira de Dios al mundo (*Colos. III, 5*), y lo mismo repite varias veces en sus cartas, por lo cual concluye el Santo Arzobispo de Valencia: «Nadie os seduzca con vanas palabras, asegurando que estos pecados son fáciles y leves; pues que por ellos vino la ira de Dios en los hijos de la desconfianza, es decir, de la perdicion.» (*Jer. IV, post. Dom. I Quadrag.*) Finalmente, léjos de disimular el Señor los pecados de impureza, el Príncipe de los Apóstoles, san Pedro, asegura precisamente lo contrario, diciendo que á todos los pecadores los reserva Dios para castigarlos en el día del juicio; pero más principalmente á los impúdicos: *Mas empero á aquellos que andan en pos de la carne, y en la concupiscencia de la inmundicia.* (*II Petr. II, 10*).

NOTA.

Es en gran manera exacta la observacion del P. Arbiol acerca de los que pretenden atenuar la gravedad del vicio abyecto y en consecuencia la de sus castigos, alegando que la naturaleza tiene sus exigencias imprescindibles; que Dios no nos puede castigar por la satisfaccion de unas inclinaciones que forman parte de nues-

tro propio ser; que no puede exigirse del hombre lo que es propio de los ángeles, etc. De aquí es que en nuestro siglo, se ha perdido el pudor y la vergüenza hasta un grado apenas creible. Se citan por su nombre los amoríos de los hombres notables, se admiten en la alta sociedad; se habla en los diarios de los hijos que resultan de esas uniones ilegítimas con el mayor aplomo; y por fin, el llamado matrimonio civil ha venido á tender un velo legal sobre mil abominaciones, y á acabar de despojar á las relaciones ilegítimas de su horror y su vergüenza, sancionándolas y elevándolas (así se cree al menos), al rango de un contrato civil autorizado. Pero todas estas aberraciones de nuestras modernas sociedades, no pueden ni abolir la ley natural, ni acallar los remordimientos, ni matar la conciencia pública. Siempre el vicio abyecto será una infamia, y quien á él se entrega no tendrá que esperar sino horribles castigos. Además de los textos que aduce nuestro Autor para hacer resaltar las penas que aguardan á las almas sensuales, pueden aun citarse multitud de testimonios. Nadie ignora que el diluvio universal fué ocasionado porque *toda carne habia corrompido su camino* (Genes. vi, 12), como se expresa en la santa Escritura; la destruccion de Pentápolis, por medio de una conflagracion horrorosa, fué atraída por los crímenes infames de sus habitantes (Genes. xix, 24); las espantosas muertes de Onán (Genes. xxxviii, 10) y de Zambri (Num. xv, 7 et 8), causadas por sus excesos impúdicos; el castigo de veinticuatro mil israeli-

tas sentenciados á la horca por mandato divino; ó heridos por la séptima plaga á causa de su comercio con las moabitas (Num. xxv, 4, 9), y tantos otros castigos que es fácil hallar en los Libros inspirados. En cuanto á las muertes violentas, sangrientas venganzas y cosas semejantes, ocasionadas por la lascivia, pueden verse en el Comentario de Cornelio Alápide sobre el último pasaje citado, y en otros análogos donde toca, con su prodigiosa erudicion, la materia. Mucho convendrá tambien instruirse acerca de los males temporales que causa en el individuo, en la familia y en la sociedad el desbordamiento actual de los placeres sensuales, pues los hombres son movidos hoy por el temor de estos males presentes, mucho más que por el de los eternos, que miran como lejanos; lo cierto es que en la predicacion, aunque con los miramientos indispensables en tan delicada materia, debe insistirse no poco en este temor de los castigos divinos. El demonio ha procurado y logrado en mucha parte acreditar en el mundo unas falsas ideas acerca de la misericordia de Dios, para desterrar un temor saludable, y los oradores temen hacer acerca del infierno unas pinturas que lastimarian el oído delicado de nuestro siglo. El Ilmo. Sr. Sollano, prelado de santa memoria, advertía á sus sacerdotes que no se dejasen llevar de humanos respetos en la exposicion de este dogma terrible: que debiendo hablar el orador sagrado conformemente á la sagrada Escritura, debe notar, que la mayor parte de lo que se dice acerca de los tormentos de

los sentidos, consta en ella con terminantes palabras: el fuego que no se apaga y el gusano que no muere, en Isaías (LXVI, 24); el azufre en el mismo (xxx, 33), y en los Salmos (x, 7), en Ezequiel (xxxviii, 22), y varias veces en el Apocalipsis (xiv, 10; xix, 20; xxi, 8); la hiel de dragones y el veneno de áspides en el Deuteronomio (xxxii, 33); el viento devorador en Amos (iv, 9); las culebras y escorpiones en el Eclesiástico (xxxix, 36); las ruedas en el Salmo LXXXII, verso 14; la hambre canina en el LVIII, verso 7, etc. Por lo cual no deben ser difíciles en hacer las pinturas que hace el mismo Espíritu Santo, ni fáciles en contemporizar con este siglo nervioso, que no quiere oír hablar de tormentos materiales, aunque sí sabe delirar por materiales goces. *Sed de his satis.*

CAPÍTULO VIII.

Impedimentos y males de la lascivia.—Apega.—Testimonio del Sábio.—Es audaz y desatento.—Consejos á los padres de familia.—La lujuria mata.—cierra el cielo.—condena.—abrsa.—destruye la virtud.—Roba todos los bienes.—Engaña y miente.

La tercera mala propiedad del vicio capital de la lujuria, dice san Antonio de Padua, es pegarse, enredarse y ligarse la persona sensual de modo que no le queda expedición libre y desembarazada para las cosas de Dios y mayor bien de

su alma. *Inviscat.* Segun el Vocabulario eclesiástico, esta palabra quiere decir *embescar* (1) las aves para que no puedan volar, y á mano libre las puedan coger. Esto hace el demonio con las humanas criaturas, embescándolas con la torpe lujuria para que no puedan subir á su propia region del cielo. El Sábio dice que las aves nacieron para volar y los hombres para trabajar; pero así como el ave embescada por el cazador no puede ya volar y fenece, así tambien el hombre, embescado por la torpe lujuria, pierde las honestas labores de la vida eterna, y fenece corrompido en sus sucias delicias; y esta es comparacion del séráfico doctor san Buenaventura.

El sagrado texto que san Antonio alega para probar este tercer efecto de la lujuria es del Sábio, que dice: *He encontrado á la mujer más amarga que la muerte, la cual es lazo de cazadores, y red barredera su corazon: ligaduras son sus manos; el que á Dios agrada huirá de ella, más el pecador será presa suya* (Eccles. vii, 27). Seis cosas se insinúan en estas misteriosas palabras: la primera, que la mala mujer es para el hombre sábio más amarga que la muerte, puesto que mejor es la muerte que la vida amarga

(1) Hemos dejado este verbo anticuado por no hallar otro que exactamente le corresponda.

como Salomon asegura (*Eccl.* vii. 17), y mientras el varón sabio y juicioso no pierda la luz del cielo, las torpezas lo llenarán de amargura; la segunda, que la mala mujer es lazo de cazadores, no de uno, sino de muchos juntos, que son los demonios, quienes por medio de la torpe mujer intentan cazar y coger á los hombres insipientes; por eso lleva ella en sus adornos lazos, ligas y ataduras diversas, todas armas de la caza; la tercera, que la mujer mala es red barredera, que va arrastrando y cogiendo en su seno todo género de peces, grandes y pequeños, malos y buenos, porque á todos los hombres extiende su astucia, y ante todos arma sus lazos; la cuarta, que las manos de la mala mujer son vínculos, porque en efecto ata y detiene de tal manera á quien llega á caer en ellas, que es casi imposible escaparse de sus halagos; la quinta, que el que es del agrado de Dios se librará de la mala mujer que intenta ligarlo y prenderlo; y finalmente que el malo y el pecador que no atienden á agradar al Señor, sino á satisfacer sus pasiones, es el que caerá, para su ruina, en las manos de la mujer torpe y deshonesta.

La cuarta propiedad de la lujuria es ser audaz, descortés y desatenta con Dios y con los hombres, dice san Antonio de Padua; porque con todo atropella, y rompe alianzas y amistades por seguir sus brutales apetitos. En la parábola

de la cena y los convidados que se excusaron de no asistir con varios pretextos, nota san Buenaventura, que el primero y el segundo, políticamente dijeron al que los invitaba: *Ruégote me tengas por excusado*; pero el tercero que significa al hombre sensual, ni aun siquiera hizo uso de esa urbanidad y cortesía, porque la liviandad hace al hombre grosero y brutal, y lo despoja hasta de la educación y las buenas maneras. Con todo y por todo atropella el lujurioso, y semejante al necio de que habla la Santa Escritura: *no recibe ni acepta los consejos prudentes, sino es que se le hable de las torpezas y locuras que se revuelven en su corazón* (*Prov.* xiii, 2).

Jesucristo avisa que el castigo vendrá como vino el diluvio en los días de Noé (*Luc.* xvii, 16) cuando estaban los hombres tan entregados á la torpeza y liviandad, que todo su pensamiento y en todo instante estaba inclinado á la maldad; predicábales el gran Patriarca, y cada golpe que daba en la fábrica del arca, era un nuevo aviso de que el tiempo se acababa. Pero los hombres sensuales lo despreciaron todo, y burlaban del hombre de Dios, hasta que se vieron con el agua al cuello, y miserablemente perecieron. Tal es la propiedad de esta pasión, que á nadie cree sino á quien le ayuda á perderse más y más, hasta que llega á su última ruina. Ni tiene respeto á Dios, ni al mundo, ni á sus padres, ni á sus amigos. Con todos

atropella, y nadie le hace fuerza sino su loca ignominia; por lo cual dice Dios: *¡Ay del lujurioso!* (Amos. vi, 4.)

Al torpísimo Amón no lo detuvo el santo temor de Dios, ni su santa ley, ni el respeto de su venerable padre, ni la atención de sus honrados hermanos, ni la noble calidad de su persona para dejar la incestuosa barbarie que cometió, y le llevó arrastrando hasta una muerte fatal y desgraciada. Este y otros semejantes ejemplares que se hallarán en las letras humanas y divinas, han de tener presente los padres, ayos, maestros y confesores, para educar bien á los jóvenes; cúranse fácilmente los vicios al principio, mas si se dejan arraigar, la frecuencia hace costumbre, y la mala costumbre pasa á naturaleza, y ésta se hace necesidad irremediable como observa san Agustín. (*Confess. l. 8, c. 5*). Por eso el Sábio encarga á los padres que no dejen endurecer la cerviz de sus hijos, porque si á su tiempo no cuidan de ello despues, aunque quieran, no lo podrán remediar. *Doblega la cerviz de tu hijo en la mocedad, cuando aun es niño, no sea que se endurezca, y no te crea, y tu alma sea henchida de dolor.* (Eecl. xxx, 12). El texto dice, cuando aun es infante, es decir, desde la edad más tierna, que es, como advierte san Buenaventura, cuando debe comenzar el cuidado de los padres, siguiendo despues el de los maestros y confeso-

res. Mas desengañense todos, que si cada uno á su tiempo no usa de discreto rigor, en llegando á prevalecer las pasiones sensuales, apenas hallarán remedio, porque el libidinoso habitual á nadie tiene respeto, y va de mal en peor hasta perderse, verificándose en él lo del Salmo: *Pasa por la mañana como la yerba; mas por la tarde caiga, y se endurezca y se marchite.* (Psal. LXXXIX, 6.)

NOTA.

Es cosa extraña, que tomando el P. Arbiol los versos de san Antonio de Padua, como á manera de tema de su tratado sobre los estragos de la lujuria, apenas se ocupa de los cuatro primeros efectos, contenidos en el primer exámetro: *Inquinat, irretit, inviscat, fœdera rumpit*, y apenas vuelve á hablar una palabra de los restantes, aunque toca mucho de ellos en lo que diserta en los capitulos siguientes acerca de los daños de la sensualidad en las diversas edades y estados de la vida. Por eso nos ha parecido oportuno ocuparnos de ellos siquiera sea muy brevemente, indicando algunas fuentes á donde acudir en busca de mayores ampliaciones. El segundo verso contiene tres efectos muy análogos y encadenados entre sí. *Damnat et occidit, paradisi lumina claudit*. El orden lógico es este: «mata, cierra la luz del cielo, y condena.» En cuanto á lo primero, puede entenderse de la

muerte del alma, y de la del cuerpo: que mata la liviandad la vida del alma es evidente, pues acaba de probarse que es muy grande su malicia, y que Dios la castiga muy terriblemente. Por otra parte es muy sabida la comun doctrina de que en materia de liviandad no se dá parvedad, sino que, mediando deliberacion, todo es culpa mortal. ¿Pues, qué tal será el veneno que mata en cualquiera dosis, aun la de un sólo átomo? Pues tal es la impureza. Ella mata las almas en pequeñas dosis, y envenena las muchedumbres en masa con la actividad de su ponzoña. Ahora, en cuanto al cuerpo, puede asegurarse, y aseguran los hombres de la ciencia médica, que no hay guerra, no hay peste, por asoladora que sea, que haga tantos estragos en la vida del hombre, como las afecciones venéreas causadas directa ó indirectamente por ese vicio. En Francia se le atribuye la degeneracion de la raza, la dificultad del reclutamiento para el ejército, y la mortalidad cada vez en aumento. En el suicidio que tanto se ha aumentado en nuestra época, tiene no poca parte la lascivia, ya por las pasiones engañadas, ya por la honda tristeza de que es causa, ya por la mania suicida á que muchas veces da origen. En los oradores modernos se lee mucho de esto, aunque siempre velado con toda esa delicadeza de expresion en que son inimitables los franceses. La Reina del siglo, la lascivia, es, pues, la grande homicida del género humano, y además de las muertes en detall que ocasiona, son incontables las ruinas y matanzas que acarrea,

de lo cual son conocidísimos ejemplos la guerra de Troya en la historia profana, y el asunto de Dina y sus hermanos en la sagrada Escritura. (*Genes. xxxiv*).

Que condene al infierno y cierre las puertas del cielo es cosa muy óbvia, reflexionando en las otras cualidades de este vicio que ciega la inteligencia, endurece el corazon, embrutece al hombre y casi le imposibilita para su conversion: le forma un hábito de hierro, y una especie de necesidad ineluctable, como oimos asegurarlo á san Agustin. Y todos estos son preludeos y gagés de condenacion y de eterna clausura del cielo, de donde los impúdicos son irremisiblemente arrojados, como se dice en el Apocalipsis: *Fuera... los impúdicos* (Apoc. xxi, 15).

Mentes succendit, virtutes vastat et urit. Que la lujuria abraza é incendie las almas, puede verse larga y hermosamente explicado en el magnífico comentario del P. Cordero sobre Job, en aquellas palabras de este mismo libro sagrado: *Fuego es que devora hasta la perdicion y todos los gérmenes arranca* (Job. xxxi); que devasta y consume las virtudes, muéstralo la experiencia: el libidinoso es incapaz de virtudes sociales, porque ni ama ni respeta á la sociedad: la de los burdeles es la única que apetece; incapaz de abnegacion ni de sacrificio, es por lo mismo incapaz de hacer bien á nadie. Es incapaz de virtudes domésticas; aborrece á su familia, pierde las honestas y santas afecciones del hogar; mira con horror á todo cuanto no atañe á sus sucios entretenimientos. Es incapaz de virtudes

individuales; todas se basan en el vencimiento de las pasiones, y él las deja correr desbocadas; no se espere del deshonesto, ni paciencia, ni humildad, ni resignacion, ni fortaleza, ni compasion, ni misericordia. Háblesele de disolucion y de inmundicia; sólo eso sabe, y sólo para eso está siempre dispuesto.

Eripit omne bonum. Facit ad mendacia pronum. Explicando la tierna parábola del hijo pródigo, hemos reflexionado varias veces en el profundo sentido de aquella frase: *Disipó su sustancia viviendo deshonestamente.* Es la prueba de que la liviandad arrebatata todos los bienes. En efecto, ella arrebatata los bienes exteriores ó de fortuna; origina quiebras y bancarrotas, aniquila grandes capitales, reduce á la mendicidad á las familias más opulentas. Como solo á fuerza de oro cautiva á las indignas criaturas que la fomentan, origina cuantiosos dispendios que no pueden sostenerse por largo tiempo, por eso se dice del hijo pródigo que se vió en la indigencia y reducido á morir de hambre. En cuanto á los bienes corporales, la salud, el vigor, la hermosura, sabidísimo es cómo el desorden todo lo arrebatata, llena de horribles y vergonzosas dolencias, enflaquece el cuerpo, daña los pulmones, marchita los ojos, arruga la frente, é imprime en el semblante no sé qué horroroso estigma de degradacion y envilecimiento. Arrebatata los bienes espirituales, ya los naturales, como el talento que se pierde en el embrutecimiento, las nobles afecciones que se ahogan en el cieno, el espíritu de sacrificio que es so-

focado por el egoismo del placer; ya los bienes sobrenaturales de que abusa extrañamente: la predicacion que burla ó desprecia, los Sacramentos que inutiliza, la Eucaristía que profana en el cuerpo que la recibe, la confesion que hartas veces torna en sacrilegio, las admoniciones que le irritan hasta el delirio en vez de curarle... *Disipó su sustancia viviendo deshonestamente* (Luc. xv).

En cuanto á la mentira, predicando de ella el docto P. Sèñeri ha notado que va siempre como á la vanguardia de todos los vicios. Y es la verdad: los fraudes, las murmuraciones, las calumnias, los perjurios se alimentan de la mentira; pero muy especialmente la liviandad inclina á mentir, como advierte san Antonio en sus versos: para engañar á los padres, tutores y maestros; para disfrazar y dar otro colorido á las obras de infamia; para tener á raya á un rival, á un competidor, á un marido; para seducir á sus desgraciadas víctimas haciéndoles falaces promesas, y confirmándolas con falsos juramentos; para evitar las consecuencias ó castigos de los delitos, negándolos audazmente ó atribuyéndolos á personas inocentes, etc. Para todo trae el deshonesto la mentira siempre pronta: miente con audacia, miente con descaro, miente con cinismo inaudito, aunque mil y mil veces se le desbarate y eche en rostro su impostura. *Facit ad mendacia pronum.* Testigos: la mujer de Putifar calumniando á José (*Gen. xxxix, 10*), y los cínicos viejos levantando un falso testimonio á Susana (*Dan. xiii*).

Dejarémos para los capítulos siguientes la indicacion de los restantes efectos por no extendernos sin medida al querer declararlos todos.

CAPÍTULO IX.

Estragos de la lujuria en los niños de pocos años.—Conducta de sus padres.—Dicho de san Juan Crisóstomo.—Corrupcion actual de la niñez.—Eleccion de escuelas y colegios.—La Iglesia y la masonería.—La liviandad es insaciable.—Esclaviza.—Impide la conversion.—Jezebel es su tipo en el Apocalipsis.—Ocho hijas de la lujuria.

No hay duda que muchos niños padecen gravísimas enfermedades por haberlas heredado de sus padres, y de los accidentes venéreos que padecian, sacando desde el seno materno sus dolencias y sus plagas. En el capítulo VIII del sagrado Libro de Tobías puede leerse aquel ejemplarísimo razonamiento que tuvieron los virtuosos jóvenes en el primer día de sus desposorios, y lo que les dijo el arcángel Rafael: *Los que de tal suerte reciben el matrimonio que apartan á Dios de si y de su mente, y se entregan á sus apetitos como los brutos sin razon, el demonio tiene potestad sobre ellos* (Tob. vi, 17 et seq.).

Aquellos mozos desenfrenados en la torpeza, que cuando llegan á desposarse van inficiona-

dos de asquerosas enfermedades, debilitados con los excesos, y perdidos de vigor y de salud, ¿qué vigor y salud podrán comunicar á sus hijos, dado que los tengan? El Sábio dice que *del inmundo nada limpio procede* (Eccl. xxxiv. 4).

Que si de los males naturales pasamos á los espirituales, cuán cierto es que de los progenitores desenfrenados en la lascivia muchas veces se transfunden en los hijos las inclinaciones y propensiones contra la honestidad y pureza. *Si la raíz es santa, tambien lo son los ramos*, dice el Apóstol (Rom. xi, 16); mas si la raíz está viciada todo sale inficionado. Por eso el Señor llamó á los judíos *raza de víboras* (Luc. iii, 7), porque, de envenenados padres, nacen hijos envenenados, explica san Agustin; lo cual se entiende regularmente, porque solo Dios puede hacer limpio lo que nace de impura semilla, como advierte el santo Job (xiv, 4).

Aun de la primera leche que se da á las criaturas despues de nacidas, importa mirar de quién se recibe; porque tambien influye y conduce para las buenas ó malas inclinaciones en adelante, como lo tengo dicho en el Libro de la *Familia regulada*. Por lo cual (no sin misterio), el insigne caudillo del pueblo de Dios, Moisés, no quiso alimentarse al seno de ninguna mujer egípcia, sino que le fué buscada nodriza hebrea, como Lira y Josefo lo notaron. (Exod. ii. 7). Mas no por lo dicho, es lícito juz-